

LA NOVELA FILM

N.º 170

30 cts.



LA JAULA DEL AMOR

POR

LEE PARRY, JOSÉ RIEMANN, etc.

LA NOVELA FILM

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

Año IV

N.º 170

LA JAULA DEL AMOR

Interesante y divertida comedia interpretada por la
bellísima estrella **LEE PARRY** y el simpático galán
JOSÉ RIEMANN

Producción **EMELKA FILM INTERNACIONAL**

Exclusiva de

E. GONZALEZ-MADRID

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

EDUARDO FIUS

Rambla de Cataluña, 44.-BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
CORINNE GRIFFITH

La jaula del amor

Argumento de la película.

La vida cada vez más complicada de las grandes urbes, impone la necesidad de tomar precauciones contra la rauda marcha de los vehículos que, trepidantes, las invaden a todas horas, en todo momento.

Por una de las avenidas de la gran ciudad circulaba una fila larguísima de coches y automóviles, detenida de pronto por el disco rojo de un faro. Aquella luz de precaución permitió a los transeuntes pasar la calzada sin peligro.

La forzada parada excita a veces la impaciencia de los automovilistas. German Valgen, el joven director de la manufactura de hierros, no podía reprimir su protesta contra el paro. ¡Con la prisa que llevaba él! ¿Es que no iban a terminar nunca los peatones?

En otro *auto*, cerca del suyo, se hallaba una gentil mujercita. Para distraerse, Germán la contempló a su sabor, admirando su belleza rubia y las tentaciones de su rostro. Ella pareció notar esa observación del negociante. Y bajó los ojos dulcemente, rechazando todo intento de seducción.

El policía del tráfico cerró el disco rojo dando luz al faro verde. Y de nuevo el inmenso y atornador rosario de coches lanzóse por el asfaltado de la ciudad.

Germán ya no pudo apartar de su imaginación la delicada figura de la muchacha.

—¡Al diablo los negocios! — se dijo, riendo—. Sigue a ese *auto*, Hollmann — ordenó al chófer.

Y olvidando la cita comercial que tenía para aquella hora, sólo se ocupó ya en averiguar la ruta de la muchacha.

El coche de la desconocida se detuvo ante un almacén de novedades, y la seductora mujer bajó del vehículo y rápidamente penetró en la tienda.

—¡Tienda de sombreros! — se dijo Germán—. Eso va para largo... Lo menos tardará una hora en salir.

Germán entró en otra tienda contigua donde vendían flores y adquirió un ramo de rosas blancas. Desde el mismo local telefoneó a Godofredo Derlier, propietario de una fábrica de aceros, con quien tenía la cita.

—Lo siento mucho, Derlier, pero un asunto urgente me impide ir a verle.

—Lo siento — contestó la voz — pero yo no tengo ciertamente prisa para la fusión de nuestros negocios.

Germán, después de haberse excusado, se estacionó en la acera esperando la salida de la hermosa.

Ella no tardó en aparecer. Germán, adelantándose, le ofreció las flores.

—¿Me permite usted?

La mujer contempló las flores, miró al desconocido y se las devolvió, desdeñosa.

—Gracias, puede usted guardárselas...

—Pero, señorita...

La mujer subió al coche y éste partió velozmente.

—¡Es arisca la niña! ¡Pero yo no cedo!

Montó en su *auto* ordenando siguiera al de la muchacha.

Los dos vehículos redoblaban su velocidad. Empezó entonces un juego original y divertido. Germán lanzaba el ramo de flores contra el coche de la mujer y ésta se lo devolvía, con marcado desdén. Por tres veces repitieron la combinación sin que ninguno de los dos desmayara.

Germán comenzaba a enfurecerse. ¿No habría manera de que aceptase sus flores? Volvió a tirárselas, y la desconocida, de pie en su automóvil, se las devolvió por cuarta vez. Y pareció sonreír como si no le disgustara esa tenacidad.

De pronto, notó Germán que la distancia que les separaba se hacía mayor.

—¿Qué es eso, Hollmann? ¿Aminoramos la marcha?

—No, señorito. Es que aquel coche es más potente que el nuestro.

—¡Válgame Dios!

Salían de la ciudad y pasaban ahora por un hermoso parque.

La Providencia vino en su auxilio cuando ya desesperaba de alcanzar a la mujer.

El coche en que ella viajaba se detuvo y el chofer descendió para inspeccionar el motor.

Germán paró su automóvil y acercándose a la muchacha le dijo:

—Esta *panne* parece cosa de milagro.

—Perdone el señor... es cosa del cilindro — respondió el chofer.

Germán abordó a la desconocida.

—¡Qué suerte poder hablar con usted! Es usted tan encantadora, señorita... ¿Querría decirme su nombre?

La joven, sonriente, como resignada al galanteo, contestó:

—A usted no debe importarle quien soy ni cómo me llamo.

—¡Qué lástima! Eso quiere decir que aunque yo me haya interesado por una mujer tan linda como usted, a usted no le importa en absoluto saber quien soy.

Ella hizo un leve movimiento de hombros. El chofer de Germán acudió a ayudar a su compañero. Y mientras se reparaba la avería, el negociante y la muchacha, casi de modo maquinal, pasearon por el jardín.

Germán insistió en sus averiguaciones.

—Tengo la opinión de que lo que usted me pregunta, sólo interesa a los encargados de formar el padrón municipal — dijo ella, riendo.

—Diga usted a los enamorados, que son todos los hombres que la ven. Ardo en amores por usted, créame...

—Pues mire, contra el fuego del corazón, le recomiendo ese extintor de incendios.

Y señaló un aparato extintor colocado en la pared de una casa. Germán se echó a reír.

—Guasoncita, así es cómo a mí me gustan las mujeres...

Volviéron al automóvil. El chofer de la muchacha dijo:

—Decididamente este coche tiene que ir a remolque hasta el taller de reparaciones. Se ha calentado demasiado el motor.

Germán se ofreció gustoso:

—¿Me permite usted llevarla en mi *auto* hasta la ciudad?

¡Qué hacer! ¡Estaban tan lejos!

—Acepto, pero con la condición de que no le diré mi nombre.

—Me resigno. De este modo nuestras relaciones serán más románticas si guardamos respectivamente el incógnito.

Se acomodaron en el *auto*. Germán recogió las flores del asiento y se las entregó.

—Ya ve usted como las rosas han llegado al fin a su destino.

—Ganó su terquedad... las acepto.

Las aspiró con deleite... Siguieron hablando con el interés de dos personas que no se conocen, pero que tienen un solo tema: el amor.

Media hora más tarde parecían los mejores amigos del mundo. Germán estaba radiante. ¡Maravillosa conquista! Ella había perdido su dureza para mostrarse insinuante y alegre.

La mujer, al llegar a una calle, hizo parar el coche.

—No pretenda usted averiguar donde vivo. Desde esta calle, iré sola a mi casa. Y gracias, señor...

—Pero, señorita, ya que la casualidad ha querido reunirnos, no es posible que nos separemos definitivamente. Deseo ardientemente volverla a ver.

Ella sonrió y dijo, decidida:

—¡Accedo! Pero con una condición: que no intentará usted averiguar quien soy. El día en que usted lo descubra, habremos terminado para siempre.

—Acepto cuantas condiciones quiera usted imponerme — respondió Germán, con entusiasmo—. Lo

principal para mí es verla de nuevo. El viernes a las cinco, la espero en la Plaza de la Estación.

—Pues hasta entonces.

Y le dió a besar la mano perfumada de esencias maravillosas.

Ella se perdió entre el gentío y Germán no intentó seguirla. ¿Para qué? Prefería rodearla del dulce misterio de la ilusión.

Y unos días después, el calendario señaló la gran fecha: viernes. La primera cita con una mujer abre ante el espíritu un mundo de ilusiones... y pone una venda sobre los ojos.

Germán fué puntual a la cita. Y ella, la dulce desconocida, no tardó en llegar. Subieron a un coche alejándose de la gran ciudad, ansiosos de respirar el aire libre de los campos, beber la luz alegre de la Naturaleza.

Ya en pleno campo, ella quiso descender del coche.

—¡Qué hermoso es todo esto!

—¡Usted lo es más! — dijo Germán—. Todo me parece seductor desde que está usted a mi lado.

Ella reía, mostrándose cada vez más confiada y seductora. Parecía sentir verdadera simpatía hacia ese amigo desconocido.

Pasaron por los huertos en flor. Ella, riendo, cogió una manzana del bíblico árbol.

—¿Quiere?

—Acuérdese de las consecuencias que una oferta semejante tuvo para Adán y Eva — rió él.

Y mordió la fruta.

Después de pasear un rato sintieron hambre. Descubrieron un mesón en una vereda apartada. Fueron a él. La parte baja estaba llena de hombres que bebían cerveza y fumaban apestosas pipas.

—¡Oh! ¡Ese humo! — dijo ella, tosiendo.

La mesonera acudió en su auxilio.

—Si quieren ustedes estar con más comodidad pueden subir al otro piso...

—Sí, sí.



Ella riendo cogió una manzana...

Este piso era deliciosamente discreto. ¡Una verdadera jaula de amor!

Tomaron un refresco. Germán se sentó ante un piano y evocó los compases de "Madame Butterfly".

Después se acercó a la desconocida. ¡Bella aventura aquella! La muchacha no era una criatura ordinaria y vulgar, sino delicada y de exquisita educación.

—¡Cómo te quiero, chiquilla! — le dijo él, tanteándola por vez primera—. No sé quién eres y te amo... Pienso que nunca en la vida podré olvidarte.

—No corra tanto, amigo, mire, le diré una cosa... usted es un hombre agradable, se lo confieso, muy gentil...

—Entonces, me quieres... te interesas por mí. ¡Oh, mujercita!

La besó en la boca... Ella no rechazó los labios y se apretó contra él con una embriaguez de enamorada... Y pasó algún tiempo, olvidados del mundo, saturados de su misterioso amor.

Al salir, bajaron alegremente, cogidos del brazo... Germán dijo a la mesonera:

—Todos los viernes prepare un buen almuerzo...

Al anochecer, Germán se despidió de su amiga. Hasta el otro viernes, ¿no? Besó otra vez la fina mano. ¡Adiós, gentil desconocida!



Unos días después, Germán se reunía en Consejo de Administración con varios magnates de la industria. El señor Derlier pronunció un largo discurso sobre las ventajas de la fusión de la fábrica de aceros de su propiedad con la manufactura de hierros de Germán Valgen. Pero éste respondió:

—Aceptaré la fusión de ambos negocios bajo las condiciones ya expuestas.

—Confío en que usted las modificará y llegaremos a un acuerdo.

Germán pretendía una fuerte participación en los beneficios y los consejeros no querían alargarse tanto. La reunión terminó sin que recayese acuerdo,

A Germán n le interesaba aquello. Todos los viernes la jaula del amor cobijaba a la joven pareja. Vivía únicamente por su enamorada a la que sólo veía una vez por semana.

—Son deliciosas estas entrevistas en las que conservamos el incógnito de nuestra condición — decía ella.

—Pero yo no puedo acostumbrarme a no saber tu nombre. ¿Por qué no lo dices? — agregó él dándole un beso.

—No insistas, querido. En cuanto sepamos quiénes somos, consideraré roto el encanto de estas relaciones misteriosas y todo habrá terminado entre nosotros. Soy una muchacha romántica a quien le gustan aventuras como esta.

—Bien... bien... pero, dime por lo menos tu estado, ¿soltera, casada o viuda?

Ella rió:

—Soy soltera... soy casada... y soy viuda... ya lo sabes todo... Y ahora vamos de paseo.

Pasearon por los cercanos campos a través de paisajes de ensueño. Se deslizaron en una barquita por un tranquilo lago gozando de las suavidades del atardecer. ¡Todo parecía unirse al regocijo de su amor!

Un señor calvo, nervioso, de edad madura, contempló a los novios desde la orilla del estanque.

—Al fin le cogí — se dijo.

Entró luego en el mesón atisbando desde la ventana la barquita. Pero ésta desapareció tras unos álamos.

Preguntó a la mesonera por el joven. Tenía que hablarle inmediatamente, de un asunto importante.

—Bien, bien, tendrá que aguardar usted...

Germán y la mujer penetraron por una puerta ex-

cusada dirigiéndose hacia el pisito. El extraño caballero se paseaba a grandes zancadas por el café.

Subió la mesonera al piso y advirtió a Germán:

—Ahí está un señor que desea hablar con usted en el acto.

La muchacha hizo un movimiento de extrañeza.

—No quiere decir de ninguna manera su nombre — agregó la dueña del mesón—. Es bastante gordo, muy nervioso y al parecer tiene muy mal genio.

Palideció la novia de Germán. Este creyó comprenderlo todo.

—¡Es su marido! — pensó—. Voy a tener un lance...

Escondió a la muchacha en una salita distante y se dispuso a recibir al ofendido.

Este no tardó en aparecer. Haciendo una gran reverencia, dijo:

—Caballero, yo soy Schneider.

—¡Estoy a su disposición! — respondió Germán, creyendo hallarse ante el esposo.

—¿Me permite usted que me siente un momento? ¡Vengo cansadísimo!

Le extrañó a Germán aquella tranquilidad.

—Repetidamente le he buscado en su oficina — dijo el señor—, pero los empleados no me dejaban pasar porque no quise decir el objeto de mi visita. Y al fin me he decidido a sorprenderle aquí; he averiguado que venía usted a este mesón con alguna frecuencia.

Ante aquella insistencia Germán inclinóse humildemente y respondió:

—Caballero, le doy mi palabra de que yo no sabía que esa señora fuera su esposa.

—¿Mi esposa? Usted se equivoca porque yo, afor-

tunadamente, soy viudo — respondió el señor Schneider.

—¿Viudo? Comprendido... ¡es su hija!

—Pero, ¿qué está usted diciendo? ¡Si yo en mi vida he tenido hijos!

—Entonces, señor mío, ¿usted quién es? ¿Qué quiere de mí? — gritó, intrigado.

—Soy el agente principal de la fábrica de aceros del señor Derlier, y como quiera que dicho señor me confió un encargo, vengo a decirle, de parte de mi jefe, que acepta las condiciones de la fusión, si usted se casa con su hija.

—¿Yo? ¡No, no! — respondió, airado.

Pero al propio tiempo sintióse halagado por la aceptación de todas sus condiciones. ¡Quién sabe!

—Antes de resolver, convendría que conociera usted a la muchacha, que es un encanto de niña.

—Lo pensaré...

—Si está usted conforme, el domingo piensan hacer una excursión a su casa de la playa y allí le esperan.

Y despidiéndose, el famoso señor Schneider pidió perdones por su inoportunidad.

Germán quedó preocupado. No le desagradaba la idea de casarse con la hija del millonario Derlier. Pero... ¿y aquella dulce novia misteriosa?

Fué a la habitación donde ella esperaba.

—Han descubierto nuestra jaula de amor, chiquilla.

—Y ¿quién era aquel hombre? ¡Oh, qué miedo si llegan a verme!

—Es cuestión puramente industrial... No te preocupes. Podemos encontrarnos en otra parte.

La mujer pareció adoptar una resolución.

—No, amigo. Nuestra novela ha terminado. Los

de fuera se enterarían... Es mejor que nos separemos, cada cual con el dulce recuerdo de ese breve tiempo de felicidad.

—¡Y lo dices así, con esa calma! Si tú quieres, esto no habrá acabado. Dime tu nombre para que yo pueda pedir tu mano si eres soltera.

—¡Casarnos!... El matrimonio, amigo mío, no es una novela. Es... un contrato prosaico. Es irremediable nuestra separación; un bonito sueño, nada más...

Aquella noche bajaron cabizbajos a la ciudad. Insistió Germán pero ella negóse rotundamente.

—No; todo ha acabado. Adiós para siempre...

Germán la vió partir con disgusto. Marchaba la aventura... ¡un amor!... Pero, hombre práctico, siguió su camino, dispuesto a olvidar... Ahora le interesaba la fusión de las dos empresas...

El domingo siguiente, Germán se dirigió a la finca del señor Derlier.

Este se hallaba con su esposa, su hija y un invitado: el tenor Comeliano, de fama mundial.

Comeliano y la muchacha parecían simpatizar. Ella adoraba el canto y hubiera deseado debutar en la *Ópera*.

El señor Derlier dijo al oído de su hija:

—Hoy vendrá a vernos Germán Valgen, un joven muy agradable... Si tú le encontraras interesante...

—No sigas, papá. Yo no quiero ser el lazo que fusione los dos negocios — respondió la muchacha, displicente.

Un criado anunció al señor Germán Valgen y poco después aparecía la figura simpática del fabricante.

Saludó al señor Derlier y éste le dijo, presentándole a las dos mujeres:

—Mi mujer y mi hija.

Germán se inclinó ante la primera y al ir a saludar a la joven, instintivamente dió un paso atrás. ¡La hija del señor Derlier era la muchacha con la que él había pasado varias tardes en la jaula del amor!

Ella palideció también, avergonzada y dolorida, y levantándose, sin poder musitar palabra, huyó hacia el jardín.

Todos notaron la turbación de los dos jóvenes. Extrañado, el señor Derlier preguntó:

—¿Es que ya conocía usted a mi hija Alicia?

—No... no... me pareció... ha sido una confusión.

Derlier, tranquilizado, le presentó al tenor Comeliano. Se saludaron fríamente. Sin saber por qué, se consideraban rivales.

Germán, contristado, se dirigió al jardín, hacia donde estaba Alicia.

Los ojos de ella relampagueaban de ira.

—Esto es un juego preparado entre usted y mi padre. Ya veo que su romanticismo se reduce a pensar en la conveniencia de unir los dos negocios.

—Pero ¿usted cree?... Le juro que no es verdad...

—¡Vamos! He caído en un lazo. Usted sabía bien quien era yo...

Fué inútil que se defendiera y procurara justificar la extraña coincidencia, Alice le dejó, yendo a reunirse con el señor Comeliano y escuchando con fingida complacencia la charla del tenor.

Germán rogó al señor Derlier le excusara. No podía quedarse a comer, tenía un gran compromiso.

Cuando hubo salido, Derlier fué al encuentro de su hija:

—Estoy seguro de que algo ha ocurrido entre tú y él... Germán venía para quedarse... Tú tienes la culpa. Te complaces en darme disgustos... cada día ciento.

—Nada ha ocurrido entre nosotros, papá.

Pero al día siguiente, el señor Derlier quiso hacer nuevas averiguaciones. Llamó al chofer de la señora y éste confesó de plano. Por las señas que él dió ya no tuvo duda de que Germán conocía a Alice.

—Pero, ¿es posible? ¿De manera que a la señora la vió usted acompañada de ese caballero?

Enfurecido, llamó a su hija:

—He decidido que cambies de conducta. Por lo pronto, se acabaron las lecciones de canto con el tenor Comeliano. Y desde hoy te ocuparás de dirigir la casa, vigilando a la servidumbre. Aquí tienes un libro que ayudará a disipar tu romanticismo. Tienes la cabeza de pájaros y eso pudiera traerte malas consecuencias.

Ella protestó indignada, después de hojear el libro que era un manual de cocina.

—Y además — siguió diciendo su padre —, ya averiguaré lo que ha ocurrido entre tú y Valgen. Sé que salíais juntos. Y tu turbación me denota algo importante.

—Estás en un error — dijo ella, con tranquilidad—. Ese hombre no me interesa.

—¿Entonces tampoco te interesará saber que quiere casarse contigo?

—No...

Y salió, indiferente, pero soñando con los agradables recuerdos de amor vividos en el mesón.

Derlier, intrigado por el misterioso conocimiento de los dos jóvenes, rogó a Germán fuera a verle. E instado a preguntas, éste, que deseaba casarse con Alice, le explicó que ya se conocían de antiguo.

—Entonces... no hay inconveniente en que se casen — dijo Derlier—. Y así con el amor uniremos nuestras dos fábricas.

Pero, ¿aceptaría Alice aquella solución? Era tan orgullosa la muchacha, creyendo que todo había sido un engaño. Germán fué a su encuentro con temor.

Mas ya no le rechazó. La evocación del pasado la hizo recibir a Germán con suave sonrisa.

—Comprendo qu hice mal en rechazarte el otro día, Germán. Pero fué tan grande mi sorpresa. Figúrate, tú, mi idilio romántico, convertido en el marido que me propone papá... ¡Qué sueño tan hermoso!

—Te quiero, chiquilla, te quiero; nos casaremos...

—Sí, sí. Pero también deseo seguir mis lecciones de canto. ¿Y no te opondrás a que satisfaga mi capricho de debutar en el Teatro de la Opera?

—No, no me opondré...

El señor Derlier, que llegaba, hizo un gesto de contrariedad. ¡Siempre las ilusiones necias!

Más al ver que se besaban, interrumpió su caricia y les dijo:

—Están ustedes de acuerdo, ¿verdad? Ahora, Germán, conviene que con su instinto burgués, borre de esa cabecita el romanticismo que a veces la enloquece.

Todos sonrieron... Y Germán y su novia se perdieron por el jardín con ansias de besarse y decirse su eterno amor.

Unos días después se efectuaba el matrimonio. Durante el primer año de boda, Alice fué anotando sus impresiones en las hojas de un calendario.

Septiembre, 1. — Vuelta de viaje de recién casados. Sigue la luna de miel.

Octubre, 10. — Esta noche Germán me dejó sola por primera vez. ¿Estará ya cansado de mí?

Diciembre, 28. — Hoy sostuvimos la primera disputa. Aseguro que la razón estaba de mi parte.

Febrero, 6. — El tenor Comeliano, ha sido contratado. Le envidio.

Julio, 8. — Segunda disputa. Yo también tengo razón. El santo de Comeliano.

Septiembre, 1. — Un año de casada. El amor es poesía, el matrimonio prosa.

Alice, al cumplirse el primer aniversario de la boda, seguía siendo la mujer caprichosa y romántica de sus días de soltera. Apenas tenía tiempo para ocuparse de su marido, distribuyendo el día entre cien frivolidades.

Germán en cambio, cada vez más enamorado de Alice, estaba disgustado por esta separación. Pero, ¿cuándo le dedicaría un rato su señora esposa? ¡Ocupada siempre, de día... y hasta de noche!

Una mañana, al levantarse, Germán le dijo:

—Alice, ¿no quieres almorzar conmigo?

—No es posible, Germán. Tengo mucho sueño. Me levantaré más tarde.

Germán almorzó solo como otras veces.

Marchó a la fábrica que ahora se había fusionado con la de su suegro Derlier.

Desde allí, varias veces intentó telefonar a su esposa. La doncella le contestaba siempre invariable:

—La señora no puede ponerse al teléfono porque en este instante la están peinando.

Y algo más tarde:

—Hace diez minutos que la señora salió a caballo.

Llamó de nuevo al cabo de dos horas.

—La señora ha ido a jugar al tennis.

Insistió por la tarde.

—La señora está en el baile del American-Club.

Llamó al anocheecer.

—Tengo orden terminante de la señora de no molestarla cuando dá su lección de canto.

Indignado Germán dejó el teléfono. Aquello no podía tolerarse. Había que acabar con aquel plan de actividad de su esposa.

Al día siguiente al regresar a media tarde a su casa, encontró a Alice que le aguardaba. Ella le abrazó fuertemente.

—Alice, ¿hoy te quedas en casa? — le dijo—. ¡Qué extraordinario!

—Es viernes... ¿No recuerdas Germán, que desde... entonces te dedico este día?

—¡Vamos, menos mal! — pensó el joven.

Y como estaba locamente enamorado de su mujer pronto olvidó lo que él llamaba sus pecadillos. Iban a pasar una velada deliciosa como en aquellos tiempos.

Llamaron. Era el tenor Comeliano, quien con su empaque altivo, saludó cordialmente a Alice no teniendo para Germán casi ni un saludo de cortesía.

—Voy contratado a Meissen y he conseguido del empresario que debute usted con la ópera *Natalia* — explicó a Alice.

Esta palmoteó de júbilo.

—¡Qué alegría! Vamos a ensayar ahora mismo la obra.

Y Alice y el tenor se dirigieron a la sala de piano donde Comeliano comenzó a cantar con su voz atiplada.

Germán, nervioso, tenía deseos de echar al tenor. Los cantos del italiano le crispaban los nervios. ¿A qué venía allí aquel estúpido?

Desesperado, sin poderse contener, entró en el salón de música.

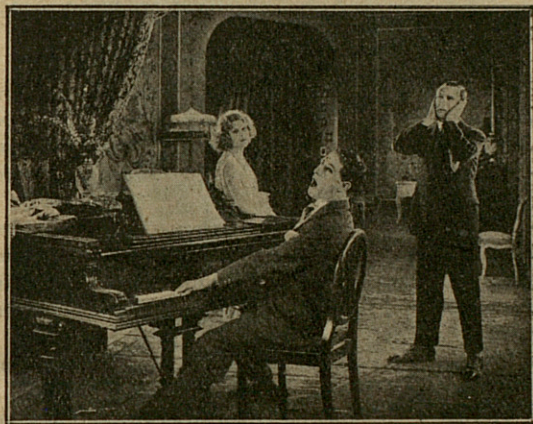
—Señor Comeliano — le dijo—, tengo que hacerle a usted un ruego: que no dé más lecciones de canto

a mi mujer, ni se preocupe por sus aficiones artísticas.

El tenor y Alice le miraron con ira. Pero ¿qué decía aquel hombre?

—El señor Comeliano quiere despedirse de ti — agregó Germán.

Furioso el tenor al verse expulsado de esta ma-



Los cantos del italiano le crispaban los nervios.

nera, requirió el sombrero y después de saludar con fingida indignación, desapareció. Había visto en el gesto del marido la decisión implacable de pegarle. Y ¡caramba! él amaba mucho su físico, verdadero talismán para sus triunfos de amor. Y aunque Alice le gustaba, no quería exponerse a medir los puños con el fabricante.

Alice apenas salió Comeliano, comenzó a llorar.

—Conque debutar en Meissen, ¿eh? Me parece

que ese buen Comeliano y tú os vais a quedar con las ganas — dijo Germán.

—Eres inaguantable... echas al suelo mi porvenir artístico. Pero yo cantaré.

—Pero no en ningún teatro...

Parecían acercarse a una ruptura definitiva.

Al día siguiente, cuando Germán fué al despacho, encontró a su suegro que muy excitado le daba a leer un periódico.

Germán leyó:

En el American-Club se celebrará hoy un concurso de baile tomando parte gran número de notables parejas. De todas ellas parece que el éxito lo tiene asegurado la que formarán la señora Valgen y don Pablo Rouths.

—Mi querido yerno — dijo Derlier—, yo no quiero darte ningún consejo porque en asuntos de matrimonio nadie debe mezclarse, pero si mi mujer se portara como la tuya... ¡no quiero decirte lo que hubiera hecho!

Germán se sintió burlado. Había que tomar alguna severa determinación con aquel diablillo nervioso.

Marchó a su casa con el ánimo de impedir a Alice que saliese.

—La señora ha ido al baile del American-Club — explicó la doncella.

Decidido Germán a poner las cosas en su punto, marchó hacia la fiesta. Se hallaba ésta en todo su apogeo. Entre las parejas vió a Alice y al tenor Comeliano que parecían muy complacidos de la danza.

Los ojos de Germán se inflamaron de ira. ¡Miserables! Pero su nombre dicho por una voz, le hizo volver la cabeza.

Eran dos muchachos que mirando a Alice comentaban:

—¡Qué mujer tan encantadora es la del señor Valgen...!

—Por lo visto, su marido se preocupa poco de ella.



—Canalla, ¿qué se ha pensado usted?

Germán se acercó decidido y zarandeó por la sobapa al imprudente.

—Canalla, ¿qué se ha pensado usted?

Y acompañó sus palabras con un formidable bofetón.

Suspendióse el baile, acudiendo los socios del Club

a separarles. Alice y el tenor Comeliano se acercaron a Germán.

—Ese miserable—gritó Germán—, se está permitiendo criticar a mi mujer.

Comeliano intervino:

—No tiene usted porque alarmarse, señor Valgen. Su esposa está bajo mi protección.

Germán contempló al tenor y pensó si no sería lo más acertado romperle la cara. ¡Necio, burlón!... ¿Es que quería ponerle en ridículo?

—Pues cuide usted de protegerse a sí mismo. ¡Cursi!—le gritó—. Y vámonos de aquí, Alicia.

Al llegar a casa, Alicia prorrumpió en sollozos.

—Te has portado como un bárbaro y has destruído mi porvenir artístico. ¡Adiós mi carrera de tiple!

—Tu deber es estarte quieta en casa y no pensar en el teatro. Desde hoy seré yo quien va a gobernar-te.

—Pues debutaré. A pesar de todo, debutaré. ¡Ya lo creo! Aunque te opongas, he de cantar en Meissen.

—Si haces eso, hemos terminado para siempre...

—No me importa...

Y para dar más fuerza a sus palabras, le lanzó un almohadón a la cabeza. El respondió fulminante a la agresión y durante un cuarto de hora toda clase de proyectiles, hasta una pequeña estatua de mármol, volaron por el aire.

Aquella noche, Alice ordenó que le preparasen la cama en el salón. Estaba decidida a romper definitivamente con su marido.

Germán, enfurecido por la terquedad de ella, no quería permitírselo. Dormiría con él en su cuarto.

La mujer se encerró, bajo llave, en la sala, no contestando a las inútiles llamadas de su marido.

—¡Alice, Alice!

Nada; silencio absoluto. Y Germán tuvo que resignarse a ocupar él solo la cama de matrimonio. ¡Aquella Alicia! Comprendió entonces las dulzuras del matrimonio con mujeres románticas.

Se dejó caer en el lecho y rendido, hastiado de todo, se durmió...

Al día siguiente, al despertar, Germán tomó una resolución. Era necesario reconciliarse con Alice. Al verse solo en el lecho, sintió un verdadero dolor.

Fué al salón creyendo encontrar en él a Alice, cuando la doncella le entregó una carta.

Nervioso, leyó:

No quiero nada con maridos tiranos y déspotas. Me voy a Meissen para dedicarme a la Ópera. Te odio.—Alice.

—¡Estúpido! ¡Debí sospecharlo! ¡Ese maldito tenor!...

Y sintió una profunda pena, creyendo que todo se había obscurecido en su alma... Acababa de perder a la compañera de su vida.

Alice horas más tarde llegó a Meissen, dirigiéndose al teatro donde debía actuar el tenor.

Sorprendió a Comeliano en animada conversación con una mujer.

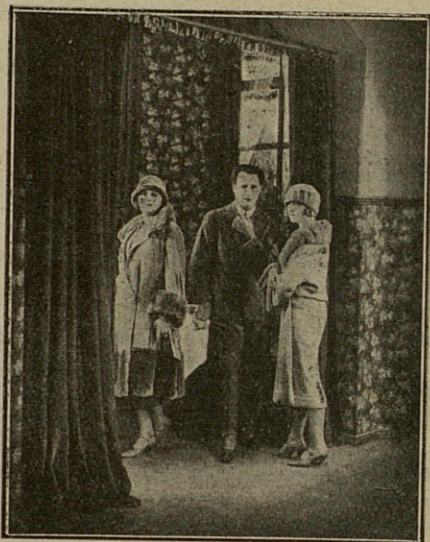
El tenor frunció el entrecejo al ver a Alice. ¿Por qué estaba allí la joven?

Las dos mujeres se miraron hostilmente y Comeliano las presentó:

—La señorita Alice Valgen... La señorita Suzy Verden...

Apenas cambiaron una inclinación de cabeza.

—La señorita Suzy es una de las primeras figuras del Teatro de la Opera—dijo el tenor—. Mañana por la noche debuta con "Pagliaci".



—La señorita Suzy es una de las primeras figuras del teatro de la Opera..

Suzy marchó... Y Alice, angustiada, contó al italiano su huida. Quería cantar, saturarse del ambiente artístico. Odiaba su casa.

Pero el tenor, que temía conflictos matrimoniales la reconvino:

—¿Por qué se ha fugado de su casa? ¡Usted quie-

re comprometerme! Con el geniecillo que tiene su marido...

—No tenga usted miedo, hombre... Quiero ser artista... Dígame si voy a cantar o no.

—El caso es que el papel de usted se lo han confiado a la señorita Verden—murmuró—. De todas maneras vamos a ver al director por si todavía es tiempo.

Comeliano aun contra su voluntad, intercedió para que Alice cantase. ¡Quién sabe si en recompensa de ello podría aspirar al delicioso amor de aquella mujer!

Mientras tanto German Valgen recibía la visita de sus suegros, los Derlier.

—Alice se marchó a Meissen — les dijo—... Se ha empeñado en cantar...

—¿Y no habrá medio de que hagáis las paces?

—¿Las paces con esa loca? Ya he dado orden para entablar el divorcio...

Y en efecto, al día siguiente Alice mostraba al tenor la carta que había recibido de un abogado.

El señor Valgen me ha confiado su representación para tramitar el divorcio. Le ruego designe usted abogado...

—Nada me importa mi marido—decía Alice—. En lo sucesivo, el arte será todo mi amor.

Pero Comeliano no era de la misma opinión.

—¡Alice! ¡Alice! Por culpa de usted me van a dar una paliza, y quién sabe si me meterán en la cárcel...

Le horrorizaba la idea de que viniera Germán a pegarle... ¡Qué miedo!

Había llegado la noche del debut. El director de la compañía fué a ver a Suzy Verden que se había

resignado, a quedarse sin papel en la obra, y le dijo:

—Conviene que esté usted dispuesta para sustituir a Alice, porque como se trata de una principiante...



—*Está usted pálida y nerviosa. ¿Tiene usted miedo?*

no vaya a ser cosa que nos proporcione un fracaso.

Suzy sonrió... Odiaba, con rivalidad de artista y de mujer, a Alice. Le deseaba un fracaso ruidoso. Y dispuesta a todo, fué a su camerino.

Alice estaba impaciente, nerviosa. Ahora comprendía la emoción de los debuts.

—*Está usted pálida y nerviosa. ¿Tiene usted miedo?*—le dijo Suzy.

—Sí... sí... nunca me he presentado en escena...

—Su temor es justificado, porque el debut resulta temible.

Y con ánimo de asustar más a su compañera, añadió:

—¡Y con este público! ¡Hace poco a una debutante la silbaron estrepitosamente! ¡Y hasta la querían arrastrar!

Mientras tanto, el tenor Comeliano acababa de vestir su traje de payaso. De pronto se dió cuenta de que había perdido una medalla que llevaba siempre prendida al cuello.

—Dios mío, he perdido mi amuleto... Sin él me patean. ¡Seguro! Y es que esa Alice me trae desgracia... Yo no sé lo que va a ocurrir hoy...

Pero la encontré, por fortuna. ¡Respiraba!

Alice salió de su camerino para mirar tras las cortinas el aspecto de la sala. Sufrió una ruda impresión. Un gentío enorme estaba en el teatro... La orquesta comenzó a preludiar unas notas...

A la novel artista creyó que le faltaban las fuerzas... Creyó que la silbaban estrepitosamente de todos los lados del teatro pidiendo poco menos que su cabeza... ¡Qué horror, qué horror! No, no, en el momento supremo le faltaban las fuerzas para debutar... ¿Cómo presentarse ante el público, si sentía un sudor frío, de muerte?

Hubiera caído al suelo, desvanecida de terror, si un traspunte no la hubiese sostenido. La llevaron a su cuartito. Y ella, llorando dijo a Suzy:

—No, no me atrevo a cantar, comprendo que fracasaría...

Ante aquel conflicto, llamaron al director y a Comeliano. Este gritó, furioso:

—Usted no sirve para el teatro, señora. Váyase

con su marido y no me busque más conflictos, amiga mía...

Alice lloraba. El director dijo a Suzy:

—De prisa. Vístase usted, señorita Verden, y esta señora si quiere cantar que cante en su casa...

Alice salió con el dolor de su fracaso. ¿Y qué hacer ahora? ¿Hacia dónde ir? No se atrevió a presentarse de nuevo ante su marido.

Pero regresó a la ciudad. Y atraída por los dulces recuerdos, acudió a la antigua jaula donde se cobijó su amor...

Había cometido una estupidez, era ya una esposa próxima al divorcio... mas sintió la emoción de recordar los buenos tiempos.

Llegó a la hostería y subió lentamente hacia el nido de amor. ¡Qué bonito era! Llevaba en él unos minutos, cuando escuchó pasos y se escondió en un balcón. Vió con profunda sorpresa que llegaba Germán...

Salió a su encuentro.

—¡Germán!—le gritó.

—¿Tú aquí?—dijo él, retrocediendo...

—Ya lo ves... Lo mismo que tú...

—¿A qué has venido?—preguntó él, con severidad.

—¿A qué ha de ser? ¡A buscarte!... Me decía el corazón que estabas aquí...

El manteníase silencioso, hostil. Y Alice le explicó su odisea, pidiéndole perdón.

—Germán, desde hoy seré una mujercita formal... Mi gloria no está en el teatro, sino en el hogar...

Y él perdonó, finalmente... Lo más dulce, entre una mujer y un hombre que se quieren, es la reconciliación...

Y aquella tarde, Alice y Germán vivieron en su

jaula, en su nido de amor, las horas más bellas y felices de su existencia. Ya nunca más se separarían.

Estuvieron en el mesón hasta la mañana siguiente.



—Me decía el corazón que estabas aquí...

Germán marchó directamente a resolver varios asuntos comerciales, prometiendo ir a su casa de la ciudad. Y Alice volvió, feliz, a su hogar.

Quería vivir otra luna de miel. Llamó a las dos doncellas y les dijo:

—Hoy tienen todo el día libre... Espero una visita y deseo estar sola. Márchense...

Las dos criadas, extrañadas, salieron. ¿Qué le ocurriría a la señorita? Después de haber abandonado el hogar, regresaba a él para recibir una visita... ¡Qué extraño!

Apenas habían avanzado unos pasos se toparon con el tenor Comeliano. El italiano tocó el timbre de la casa.

—¡Qué escándalo!—dijo Rosa, una vieja doncella que conocía a Alice de pequeña—. Yo voy a poner esto en conocimiento de los papás de la señorita...

Y marchó a denunciar el hecho.

Comeliano había regresado de Meissen con el ánimo de desagraviar a Alice. A pesar de todo, seguía gustándole la casadita.

Y Alice, creyendo que llegaba su marido, fué a abrir la puerta. Al ver al tenor, cerró precipitadamente, dando casi la madera en el rostro del italiano. ¿Aquel hombre allí? ¡Nada quería saber de él!

Comeliano, viéndose desdénado, prosiguió su camino... Acababa para siempre su aventura, no volvería más...

Entretanto la doncella Rosa había comunicado a los señores Derlier:

—Nos ha mandado fuera de casa diciendo que esperaba una visita, y al salir hemos visto que llegaba el profesor de canto.

Derlier y su mujer, indignados por la conducta de Alice, corrieron hacia casa de ésta. Querían sorprenderla en flagrante delito.

Alguien llamó de nuevo a la quinta de Alice. La joven fué a abrir con precaución. ¿Sería el tenor? Pero era Germán, su marido.

—Chiquillo... vamos a pasar el gran día para celebrar nuestra reconciliación... Estaremos solos... completamente solos...

—Me alegro... Nos haremos la ilusión de que acabamos de casarnos.

Fueron al comedor. La mesa estaba espléndidamente servida.

Apenas se habían sentado, cuando llamaron otra vez.

—¿Quién será ese importuno?

Alice miró por la rejilla. ¡Diablo!

—Son mis padres. Escóndete, Germán. Les diré que tengo jaqueca y así se irán en seguida...

Germán ocultóse en la despensa y Alicia franqueó la entrada a los señores Derlier.

—Tenía el propósito de acostarme, porque estoy con una jaqueca que ya... ya—dijo.

El señor Derlier, con el bastón en alto, llegóse al comedor. Sus ojos relampagueaban. ¿Dónde estaba escondido el amante?

—Estás sola, ¿eh? ¡Ah, farsante!...

De pronto, escuchóse un rumor de cacharros rotos. Lo producía Germán, que en la despensa había derribado varios cazos de confituras.

—¿Qué es eso?—gritó el señor Derlier.

—¡El gato... seguramente ha sido el gato!—respondió Alice, atemorizada.

—Sí, ya sé que hay gato encerrado, pero yo lo encontraré para no dejarle hueso sano...

Y enarbolando su bastón se dirigió a la cocina.

Alice fué a la despensa y vió a su marido con las manos, al parecer, ensangrentadas.

—¡Dios mío, sangre! ¿Qué ha ocurrido?

—No te asustes. Es mermelada de cerezas. Se me ha derramado...

—Ven, huye de aquí, escóndete en nuestra habitación, te han oído...

Germán fué a su cuarto, y se ocultó en la cama bajo un fino edredón.

No tardaron en llegar los señores Derlier. ¿Dónde estaba el miserable seductor, el amante?

Al ver en el lecho el contorno de un cuerpo humano, Derlier se lanzó contra él.

—¡Ya encontré al gato, diablo!

Zurró con toda su fuerza hasta que apareció la figura lastimada de Germán que pedía auxilio.

—Pero, ¿se ha vuelto usted loco, suegro mío? ¿Qué hace usted?

—¿Eres tú, Germán? ¡Acabáramos! Sospechábamos si el tenor...

—¡No, no... lo que ha sucedido es que queríamos estar solos para celebrar nuestra reconciliación!

—¡Si es así, sobramos, mujer!—dijo Derlier a su esposa—. Perdonad que hayamos interrumpido vuestro cariño...

Y después de saludar picarescamente a sus hijos, se alejaron.

Germán, abrazando a su mujer le dijo:

—Supongo, Alice, que desde hoy has cambiado el calendario... Todos los días, viernes... dedicados a mí...

—Te lo prometo...

Y sus labios proclamaron juntos su unión definitiva...

FIN

Próximo número:

LAS NOCHES DE PARIS

por **Charles Ray y Juana Crawford**

Postal-regalo: **KEN MAYNARD**

LA NOVELA FILM

sale todos los martes.

Precio: **30 cts**

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona